

¿QUÉ RETIENE A LOS HIJOS EN CASA DE SUS PADRES?

La familia es una de las más firmes y estables instituciones sociales. Las transformaciones en su seno suelen acontecer de forma muy paulatina, sin convulsiones ni brusquedades y, además, puede apreciarse en ella un movimiento hacia la reorganización tradicional tras cualquier modificación en su estructura por razones demográficas o de otra índole. No obstante, durante los últimos diez años parece estar produciéndose un cambio de patrones muy significativo, que puede llegar a alterar —como, de hecho, ya lo está haciendo— los procesos normales de la vida familiar; nos referimos al momento de la emancipación de los hijos, la salida de los jóvenes del hogar de origen. Datos en mano, la proporción de jóvenes que continúa viviendo con sus padres entre los 16 y 29 años ha pasado desde el 69,3% de 1984 hasta un 77% en 1996. Incluso en un arco de edad como el comprendido entre los 25 y 29 años (cuando ya sería esperable una mayoritaria emancipación) tenemos a un 52% de los jóvenes en casa de sus padres (*Informes Juventud en España 1984 y 1996*). Estos incrementos suponen una alteración espectacular para los pesados engranajes del sistema familiar.

Que los hijos no terminan de irse de casa es un asunto en boca de todos. Artículos de prensa y, en general, medios de comunicación resaltan un fenómeno que no necesitaría casi de ningún eco pues lo viven en sus propias carnes la mayoría de los padres con hijos post-adolescentes. Pero ¿cuáles son las causas de este «apalancamiento» juvenil? ¿Qué impulsa a los jóvenes a permanecer en casa hasta edades tan prolongadas? Estos interrogantes no poseen una respuesta sencilla o unívoca. Como en otros problemas sociales complejos, es obligado hablar de multicausalidad y comprender que, si bien existe un conjunto de factores comunes para la mayor parte de los jóvenes, otros afectan a segmentos sociales concretos. En este artículo presentaremos algunas posibles razones, diferenciando —más por interés pedagógico que por rigor metodológico— entre causas económicas, sociales y psicológicas. Todas actúan, probablemente, de forma sincrónica, siendo los problemas económicos y sociales los más generales, mientras que los psicológicos se aplicarán a un número menor de casos.

1. Las causas económicas

Parece casi obligado a la hora de explicar el retraso en la emancipación juvenil detener la mirada en primer lugar sobre la coyuntura económica que, actualmente, los jóvenes están padeciendo. Las dificultades para encontrar un empleo junto con los elevados costes que supone la adquisición de una vivienda, son las razones que *objetivamente* frenan la salida del hogar paterno, a juicio de varios autores (Navarro y Mateo, 1993: 97; Del Valle, 1994: 89). No se trata solamente de conseguir entrar en el mercado laboral, los jóvenes son conscientes de que difícilmente lograrán empleos fijos que les aseguren unos medios suficientes para afrontar una compra o alquiler. La precariedad laboral actual para este segmento de población es singularmente alta, y la posibilidad de contar con jóvenes bien formados y dispuestos a firmar un contrato cualesquiera sean las condiciones, mayor que nunca. Sin embargo se engañará quien señale al paro juvenil como la principal causa de la permanencia en casa: en 1985 con unas tasas de paro mucho más altas que las actuales para la población joven (48% frente al 32% de 1996) la proporción de emancipados era —como ya hemos visto— mucho mayor. Existen, por tanto, otras razones para explicar la situación.

El problema de la vivienda también ha afectado de manera singular a un segmento de la población tan vulnerable. Sin ahorro previo, avales o una colocación fija es difícil, si no imposible, conseguir una vivienda en propiedad. Por otra parte, el mercado de alquiler cada vez es más reducido en España (Alberdi, 1995: 365-366) y ha experimentado desde 1985 una elevación de precios tan señalada como la acontecida en el mercado de venta. Además, los propietarios cada

vez se hallan menos dispuestos a arrendar pisos a personas sin nóminas y los jóvenes, pese a suponer el mayor grupo demandante de hogares, no suelen poder ofrecer estas garantías. Hasta ahora en España las formas alternativas de vivienda, bien extendidas en países del centro y norte de Europa, no han llegado a cuajar. Ni los pisos cedidos (sólo un 4% en nuestro país), ni las viviendas compartidas por varios jóvenes (que aquí poseen un carácter muy provisional, vinculado a la etapa estudiantil), ni los proyectos oficiales de protección de vivienda, han ofrecido por el momento soluciones atractivas para el problema del alojamiento juvenil. Los jóvenes quieren tener su propia casa, pero no a cualquier precio.

2. Las causas sociológicas

Las variables de orden sociológico forman otro gran bloque ineludible si se quiere dar cuenta del retardo en la emancipación juvenil. Que estos factores tienen su influencia, amén de posibles coyunturas económicas, queda demostrado al distinguirse que las sociedades más próximas social y culturalmente viven de forma más sobresaliente estos cambios familiares. Así, España comparte la cabeza de Europa en el número de jóvenes dependientes con Italia, Luxemburgo, Irlanda y Portugal (Del Valle, 1994: 90); naciones con mayorías católicas, en las que el peso de lo familiar sigue pareciendo fundamental, pero cuya situación económica es muy diferente. Destacaremos a continuación los principales factores sociales. Muchos se encuentran estrechamente relacionados entre sí (por ejemplo el retraso en la nupcialidad con el alargamiento de la educación), pero los distinguiremos a fin de aumentar la claridad.

a. El retraso de la nupcialidad: Si consideramos que en España la proporción de jóvenes que sale de casa sin constituir una familia es muy baja (Iglesias de Ussel, 1994: 476), tendremos un criterio para valorar la trascendencia de este factor. El matrimonio produce además la salida más definitiva y con menos posibilidades de regreso pues conlleva un marcado cambio de estatus. Por otra parte, sigue siendo considerada como la salida más «natural» y persiste una presión social contra otras formas alternativas. Este retraso de la nupcialidad no sólo se ha visto afectado por los problemas económicos que antes se referían, se ha facilitado también por los cambios de mentalidad respecto a la sexualidad prematrimonial, el empleo masivo de anti-conceptivos, la formación educativa de las mujeres y su progresiva equiparación laboral.

b. El alargamiento de la educación: Las carreras educativas se han alargado en el tiempo más que nunca. En muchos casos, de cara a la obtención de un trabajo, no basta con conseguir la licenciatura, se vuelve necesario realizar posteriormente un máster, un doctorado o alguna formación de post-grado especializada. Además, la educación se ha propagado entre todas las clases sociales y el número de jóvenes con formación elevada es actualmente mayor que en cualquier otra época. Para casi cualquier trabajo los jóvenes están teniendo que adquirir preparación en materias — piénsese por ejemplo en la informática o en los idiomas— que hace tan sólo 10 ó 15 años resultaban prescindibles.

c. Pérdida de modelos y ausencia de «ritos de pasaje»: No debe desdeñarse el papel que juegan las experiencias de los padres como modelos para los hijos. Pero, respecto al tema que nos ocupa, la brecha intergeneracional es tan profunda que difícilmente los jóvenes pueden servirse de esas experiencias paternas para guiar su propio proceso de emancipación. Los «ritos de pasaje» que mantenía la sociedad actual (por ejemplo, el servicio militar para los hombres y el casamiento para las mujeres) se van difuminando y pierden su peso específico como marcas que inevitablemente señalan un cambio en los roles y relaciones entre los miembros de una familia.

d. Estilos de vida juveniles. Consumismo y comodidad material: La idealización del período juvenil

—ahora más prolongado que nunca— es una realidad de la sociedad contemporánea. En un momento en que la incorporación laboral de los jóvenes es tan ardua, éstos parecen autorizados a concentrar todo su esfuerzo en dos actividades: educarse y consumir. Los jóvenes están dispuestos a aprovechar todos sus recursos para adquirir los productos a ellos destinados, distintos de los ofrecidos a los niños o a los adultos. El ahorro juvenil es más que minoritario y está asociado con una asunción de responsabilidad «excesiva» para su edad. La emancipación, con sus elevados costes, implica un notable descenso de la capacidad de consumir y divertirse. Educados en una cultura del capricho satisfecho, los jóvenes no parecen dispuestos a empezar con menos. En muchos casos son los mismos padres quienes creen que sería indeseable que sus hijos perdiesen el nivel que gozan con ellos (Alberdi, 1995: 214).

e. La tolerancia paterna: Sin lugar a dudas, el que los jóvenes puedan comportarse con mucha más libertad guarda relación con el aumento de tolerancia paterna. Mayoritariamente, los progenitores se han desembarazado de esquemas rígidos y, en la familia española, es palpable un aumento de la democratización. Si los hijos permanecen en casa hasta una edad tan avanzada, tiene que existir una mejora en las relaciones entre padres e hijos (Navarro y Mateo, 1993: 107), bien por una progresiva adaptación, bien por haberse situado desde un principio en posiciones más tolerantes. Sin embargo, tampoco es cierto que los jóvenes puedan disponer de su casa como si se tratase de una pensión; aunque tienen más libertad para abandonar el hogar durante períodos más o menos extensos y regresar a su seno, no pueden realizar en su casa muchas actividades que llevarían a cabo si ésta fuese realmente suya. Por ejemplo, los jóvenes no tienen ahora más libertad que en 1984 para levantarse a la hora que quieran, llegar tarde por la noche, reunirse en casa con un grupo de amigos, organizar en casa una fiesta, verse en casa con su novio/a o hacer el amor en casa. Sólo las mujeres han ido ganando con claridad más autonomía personal (Zárraga, 1989: 39-40).

3. Las causas psicológicas

Aunque presente en la literatura psicológica desde hace tiempo, el problema de la no emancipación de los hijos ha sido un asunto sólo recientemente abordado en profundidad por teóricos de la psicología. Desde el psicoanálisis —quizás la primer modelo que fijó su atención en esta temática— la incapacidad del hijo para separarse guarda relación con un problema de estancamiento en una etapa infantil, que le ata a su madre e impide un desarrollo maduro fuera de la familia.

Posteriormente, el problema se ha planteado con mucho más detenimiento desde las corrientes psicológicas familiares o «paradigma sistémico», cuya novedad radica en no considerar a un miembro concreto el responsable de una situación determinada, sino a todos los componentes de la familia, a su interrelación. Así, en este caso, si el joven no se emancipa las causas de este comportamiento no residen sólo en él y en sus problemas personales, sino en todo el «sistema familiar». Puede, por ejemplo, que las dificultades se sitúen en la relación marital de los padres. Si el hijo abandona la casa y los deja solos, éstos tendrán que afrontar sus problemas directamente, algo que puede resultarles muy amenazante. Ante el temor de abandono por parte del hijo, los padres procuran emplear varios recursos: convertirle en la persona responsable de la casa, acusarle de descuidarles, hacerle creer que va a ser incapaz de arreglárselas sin su ayuda o culparle de los males que su ausencia provocará «*El abandonar la casa se hace casi imposible si crees que eres el responsable del equilibrio y salud de los demás miembros de la familia, y que si la abandonas, algo terrible sucederá*» (Anderson y Mitchel, 1993: 61). Por tanto, la salida del hijo puede ser impedida por los padres en virtud de sus propios problemas o sus expectativas de soledad (características de algunas madres solteras o de personas relegadas por sus parejas). En este caso, para que el hijo finalmente logre romper estas férreas amarras, los padres deben cobrar conciencia de que están utilizando a sus hijos como apoyo o soporte emocional.

La emancipación del hijo evocará en los padres imágenes sobre su envejecimiento, el inevitable transcurso del tiempo y el fin de su labor como padres. Si el hijo puede ya instalarse solo, los progenitores que hayan basado su identidad exclusivamente en su función parental (cuidar al hijo) quedarán sin actividad y podrán desarrollar sentimientos de inutilidad. De aquí que el grado de aceptación de los cambios vitales por parte de los padres, está muy relacionado con la permisividad hacia ese paso lógico y esperable del desarrollo juvenil.

Para familias rígidas o con padres autoritarios puede resultar difícil adoptar un funcionamiento más flexible, en que la opinión de los hijos —que ya no son considerados niños— empieza a ser tomada en cuenta y respetada. Algunos padres pueden querer seguir considerando a sus hijos como los niños que fueron y procurarán, por ello, frenar cualquier intento de emancipación, evidencia incuestionable de su crecimiento. En toda esta situación también es fundamental el papel que adopte el hijo, bien revelándose y demostrado madurez en su comportamiento, bien aceptando sumisamente la voluntad paterna y prolongando así la situación.

En las familias extremadamente unidas, en las que los problemas de uno son los de todos y existe poca vida independiente, la salida de casa resulta más difícil e, incluso, puede ser vista como una «traición». Pero lo adecuado en cualquier familia es ir librándose de esquemas de dependencia en que los hijos están siempre junto a los padres y éstos se inmiscuyen excesivamente en su vida. Según vayan creciendo los hijos, los progenitores deben ganar tolerancia y flexibilidad, permitir caminar al joven hacia su madurez y facilitar que establezca relaciones afectivas fuera de las paredes del hogar aun cuando éstas al final acaben resultando más fuertes que las creadas dentro de la familia.

Unas líneas finales

Como hemos podido comprobar, el tema de la permanencia de los hijos en casa está afectado por multitud de variables. Al respecto, los comentarios expresados por los medios de comunicación sobre la comodidad, indolencia y aprovechamiento de los jóvenes actuales, resultan en muchos casos frívolos, ociosos e ignorantes. Algunos jóvenes están padeciendo estas circunstancias y su voluntad es la de emanciparse. Todo un conjunto de factores se aúnan para impedirlo. Las salidas más felices y definitivas se producen en las familias en que reina un clima satisfactorio. «Paradójicamente, nuestra libertad para volver a casa es un signo de que hemos hecho una salida exitosa» (Anderson y Mitchel, 1993: 22).

Jorge Barraca Mairal
Psicólogo

BIBLIOGRAFÍA

Alberdi, I. (1995) *Informe sobre la situación de la familia en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Anderson, H. y Mitchel, K.R. (1993) *Leaving Home*. Louisville, Kentucky: Westminster / John Knox Press.

Del Valle, A.I. (1994) Vida cotidiana y relaciones personales. En J. Elzo y cols.: *Jóvenes españoles 94*. Madrid: Fundación Santamaría.

Iglesias de Ussel, J. (1994) Las relaciones familiares de los jóvenes. En M. Juárez: *V Informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.

Martín Serrano, M. (en prensa) *Informe Juventud en España 1996*. Madrid: Ministerio de

Asuntos Sociales.

Navarro, M. y Mateo, M.J. (1993) *Informe Juventud en España 1992*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Zárraga, J.L. (1985/1989) *Informe Juventud en España 1984 y 1988*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.